



Justificación de la desobediencia de los generales de la División del Norte, en Torreón, el mes de marzo de 1914.

El día 14 de junio de 1914, los generales de la División del Norte rehusaron obedecer la orden del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista que prescribía designar entre ellos a un jefe interino de la División, mientras el señor Carranza nombraba al jefe definitivo que había de mandarla.

Entonces la prensa carrancista nos insultó todo lo que quiso y pudo, y el mismo Primer Jefe se lanzó a intemperancias de lenguaje diciendo, entre otras cosas, en un brindis en Monterrey, que el general Angeles no podía menos que ser un judas, habiendo sido un federal.

En esa época, debimos ser discretos, a pesar de los ataques que sufríamos, porque teníamos al frente al enemigo huertista y era una grave falta contra nuestra causa la definitiva escisión; pero actualmente no existe ya ese motivo para seguir guardando silencio y debemos una explicación de nuestra conducta a los mexicanos y al mundo entero.

No queremos hacer la prueba de que el señor Carranza siente celos (y los siente desde su permanencia en Sonora) por el prestigio creciente del general Villa y recelo por el poder de la llamada División del Norte, que es, en realidad, por su efectivo, un cuerpo de ejército.

Y no queremos hacer esa prueba por tres razones: primera, porque es larga, e incluida aquí, daría a esta nota una extensión mayor que la conveniente para la forma en que debe publicarse; segunda, porque bastaría hacerla para producir un nuevo rompimiento y estamos dispuestos a hacer todo lo posible por evitarlo, y tercera, porque esa aserción está en la conciencia de todos.

En San Pedro de las Colonias, la División del Norte destruyó los numerosos refuerzos huertistas que venían al socorro de Torreón y en seguida regresó a esta ciudad para seguir sus operaciones por la línea férrea del Central

que, pasando por Zacatecas y Aguascalientes, va a la capital de la República.

Esos refuerzos huertistas no debieron haber pasado de Saltillo y Monterrey, pues el general don Pablo González se comprometió con el general Villa a no dejar pasar ni un solo soldado enemigo para Torreón, mientras la División del Norte estuviera atacando esta ciudad.

Es también muy interesante saber que el señor Carranza no tenía interés en la caída de Torreón, atacada por el general Villa, como lo prueba la contestación que dió a don Lázaro de la Garza, nuestro agente financiero en Ciudad Juárez, cuando éste lo apremiaba para evitar con eficacia que pasaran los mencionados refuerzos: "Yo no he ordenado que se ataque Torreón," contestó el Primer Jefe muy fríamente; como quien dice: ¿qué me importa que pasen los refuerzos huertistas y fracase el ataque de Torreón, si yo no he dado orden para ese ataque?.....

La línea de operaciones Zacatecas-Aguascalientes era la naturalmente indicada para nosotros, con objeto de que simultánea y convergentemente avanzaran hacia México los tres grupos principales de tropas constitucionalistas: la División de Pablo González por Saltillo y San Luis, la de Villa por Zacatecas y Aguas-

calientes y la de Obregón por Tepic y Guadalajara.

La marcha así, era indispensable, sobre todo para el general Villa, que desde el principio había obrado con entera independencia y que, en vista de que el Primer Jefe no le daba ningún elemento, tenía organizado un servicio propio de retaguardia, que necesitaba funcionar sin los entorpecimientos producidos por la intervención de cualquiera autoridad no sometida al mando del general Villa.

Esa independencia había sido extraordinariamente eficaz, pues dió a la División del Norte tal poder e importancia, que atrajo la atención principal de las fuerzas enemigas y las obligó a llevar su centro de gravedad sobre la línea de operaciones de la División del Norte, para impedirle el paso. Había, pues, que conservar esa independencia y la posesión exclusiva de su línea de comunicaciones, para mantener la eficiencia de la División.

En consecuencia, habiendo vencido a las tropas huertistas que defendían Torreón y, en San Pedro de las Colonias, a los refuerzos que dejó pasar el general don Pablo González, la División del Norte volvió a Torreón para reunir todas las municiones y víveres que fuera posible, esperando que la vía férrea estuviera reparada, para emprender la marcha sobre Zacatecas.

En esta actitud, el señor Carranza ordenó que la División del Norte marchara a atacar Saltillo, labor que incumbía naturalmente a la División del Noreste, que desde hacía tiempo había tomado Monterrey, evacuada por los federales ante el ataque de tropas que ellos creían reforzadas por el general Villa. Aunque el cumplimiento de esa orden del señor Carranza retardaba las operaciones sobre su línea natural de avance y hacía gastar municiones y víveres destinados a otra labor, el general Villa se dirigió con gusto a Saltillo para ayudar a la División del Noreste que parecía impotente para esa empresa y, también, para dar al señor Carranza la satisfacción inmediata de volver a ocupar la capital del Estado que era Gobernador Constitucional.

Una brillante maniobra de la División del Norte exterminó 5,000 federales en Paredón, en un par de horas, y descarriló tres trenes en Certucha, produciendo el pánico en la guarnición de Saltillo y apresurando la evacuación de esta ciudad. Pudo entonces el general Villa poner la capital coahuilense en manos de las autoridades civiles designadas por el señor Carranza.

La División del Norte habría podido proseguir sobre San Luis, pisando los talones del amedrentado enemigo; pero no lo hizo, porque su línea de comunicaciones habría quedado

interceptada por las tropas del general González que, obrando de acuerdo con el señor Carranza, podrían entonces dificultar el aprovisionamiento de la División.

Así, pues, el general Villa regresó a Torreón para conservar la eficacia de su División, con disgusto del Primer Jefe.

Ya en Torreón, el general Villa tuvo conocimiento de que mientras él trabajaba por reconquistar para el señor Carranza la capital de su Estado, este señor reforzaba las tropas del general Natera y lo inducía a atacar Zacatecas a fin de restar gloria y prestigio a la División del Norte, evitando que ella tomara esa ciudad y, tal vez, para bloquearle al frente su línea de operaciones.

El general Villa se disgustó naturalmente por esta intriga política y lamentó que se hubiera hecho con intervención del general Natera, por quien tiene simpatías y por cuyo prestigio y gloria se interesa, como lo prueba el hecho de haberlo enviado a Ojinaga con el mando de las aguerridas tropas de Chihuahua, para darle un triunfo seguro.

Por otra parte, el general Villa previó desde luego que esa maniobra política daría resultados contraproducentes porque, apreciando debidamente las fuerzas militares contendientes, de Natera y Medina Barrón, auguró la derrota de las fuerzas constitucionalistas,

lo que serviría para hacer resaltar más, después, el indudable triunfo de la División del Norte que, en seguida y fácilmente, daría al traste con la resistencia de Zacatecas, aún cuando su guarnición aumentara con los posibles refuerzos de San Luis y Aguascalientes.

Esta maniobra política era burdamente torpe y, además, llevaba aparejada una falta militar imperdonable, porque contrariaba un principio elemental del arte de la guerra.

Para una acción de guerra deben emplearse todas las fuerzas disponibles, reza el principio aludido.

En la clásica guerra franco-alemana y para la batalla de Saint Privat, el insigne mariscal de Moltke creyó que tenía cerca de las tropas francesas bastantes alemanas y que podía prescindir del ejército que se había batido en Froeschviller, a las órdenes del príncipe heredero de Prusia.

De Moltke estuvo durante la batalla de Saint Privat en el ala derecha, presenció el fracaso de todos los ataques de las tropas alemanas y se retiró del campo creyendo que había perdido la batalla. Al día siguiente supo que el intrépido Jefe del XII Cuerpo, por un movimiento envolvente sobre el ala derecha francesa, había decidido el triunfo de las tropas prusianas y exclamó: "He aprendido una

vez más, pero ahora en el campo de batalla, que nunca se tienen demasiadas fuerzas."

Desde entonces el principio se ha vulgarizado.

El general Villa está íntimamente penetrado de él, como lo prueba toda su brillante campaña revolucionaria, y se ha hecho patente que ha sido el único que no ha dividido sus tropas y que en todos los combates se ha presentado con todas ellas. En Sacramento acabó de convencerse de que ni aún para las operaciones secundarias algo importantes, si el objeto principal es derrotar al enemigo, deben emplearse tropas apenas en exceso. "Tiene usted razón, me decía, cuando le cambiaba el enunciado del principio por este otro: hasta para aplastar a un mosquito deben emplearse todas las fuerzas."

Además de la profunda convicción de la verdad de ese principio, estaba el general Villa en guardia contra la acción debilitante del señor Carranza, quien fácilmente y con cualquier pretexto podía ordenarle que dividiera sus fuerzas, haciendo después que las destacadas cayeran bajo otras manos y, por maniobra sencillísima, escaparan para siempre de su mando.

El ataque de Natera a Zacatecas empezó el 10 de junio y duró hasta el 12, día en que sus tropas fueron rechazadas. En esa época,

por el estado de atraso en la reparación de la vía férrea, el general Villa estimaba que las tropas que salieran de Torreón llegarían a Zacatecas al cabo de 5 días y que las tropas de Natera no soportarían un combate de esa duración y, por consecuencia, juzgaba inútiles los refuerzos que ordenaba el señor Carranza de 3,000 hombres, el día 11 y de 5,000, con alguna artillería, el 12.

El día 13 los constitucionalistas de Natera ya habían sido rechazados y el señor Carranza insistía en que se enviara el refuerzo, negándose a admitir la proposición que le hacía el general Villa de marchar con toda la División.

Evidente era que en un sólo día no podrían salir de Torreón todas las tropas de la División, ni aún siquiera todo el refuerzo requerido. ¿Porqué entonces oponerse a que tras de los refuerzos marcharan las demás tropas? Sencillemente, porque de ese modo fracasaría la intriga: a Villa y a la División del Norte se atribuiría el triunfo.

De lo expuesto se desprende claramente que el general Villa tenía cuatro razones para resistirse a obedecer la orden del señor Carranza, de enviar un refuerzo al general Natera.

Primera: El refuerzo sería inútil, porque cuando más pronto, llegaría a Zacatecas el 16 y las tropas de Natera no podrían resistir has-

ta esa fecha y, efectivamente, no resistieron sino hasta el 12.

Segunda: Para la batalla había que emplear, según un principio fundamental del arte de la guerra, todas las fuerzas disponibles; porque el desprecio de este principio conduce a la derrota o, cuando menos, a un despilfarro de vidas de los soldados, que todo jefe está en la obligación de evitar. El señor Carranza es responsable de las vidas de los soldados de Natera sacrificados inútilmente en una intriga política.

Tercera: El envío del refuerzo podría reducirse en último resultado a una sustracción de fuerzas para la División del Norte, como podía inferirse del deseo, desde hacía tiempo bien manifiesto, de mermar el poder de la División, y del empeño en que el refuerzo se enviara de las tropas de los generales Robles y Urbina que, según el señor Carranza, no pertenecían a la División.

Cuarta: El general Villa tenía repugnancia a colaborar en una intriga política, urdida contra él y la División del Norte.

El general Villa pensó: si propongo ir al auxilio de Natera con todas las tropas de la División, el señor Carranza no podrá oponerse, porque no tiene argumento que exhibir; pero se equivocó, porque para el señor Carranza el "yo lo mando" es suficiente razón aún en

los más trascendentales actos y, aunque con él sacrifique a los patriotas que se agruparon a su rededor, con el único objeto de darle unidad a la Revolución.

Y no sólo, sino que al despotismo unió la ofensa y el menosprecio de las aptitudes guerreras del general Villa, universalmente reconocidas.

En efecto, cuando el general Villa preguntó al señor Carranza, el día 13, quién había mandado a Natera a atacar Zacatecas sin fuerzas suficientes para que lo rechazaran, le contestó que a Villa le había pasado lo mismo en Chihuahua, que no pudo tomar por escasez de tropas y que en Torreón le habría pasado otro tanto, si el señor Carranza no le hubiera procurado refuerzos.

Sólo por malevolencia o completa ignorancia de las cosas militares pueden equipararse los ataques de Chihuahua por el general Villa y de Zacatecas por el general Natera.

En Zacatecas, Natera tenía todas las tropas de la División del Norte disponibles para cooperar con él y fué un reprensible error de quien no quiso utilizarlas. En Chihuahua no había fuerzas a quienes invitar para el ataque y con las del general Villa solamente había que proceder.

Pero hay más, en Zacatecas tuvo Natera un fracaso por culpa de Carranza, mientras

que en Chihuahua inició Villa una serie de maniobras estratégicas que constituyen la parte más brillante de su campaña y que le trajeron la atención mundial y la grandeza militar.

Con tropas y municiones insuficientes ataca Chihuahua por el Oriente, finje un fracaso, marcha de noche, hace un rodeo para apoderarse al Norte de la vía férrea, aprisiona un tren y con la más despierta y previsora inteligencia que no olvida un detalle, engaña al enemigo en Ciudad Juárez, que le creía a inmediaciones de Chihuahua, y llega en tren hasta el corazón de la ciudad, donde sorprende y derrota a la guarnición.

Mientras tanto, ha hecho marchar pie a tierra hacia Ciudad Juárez al resto de sus tropas, para retardar al enemigo y tener tiempo de equiparse y municionarse.

Al aproximarse el enemigo a Ciudad Juárez, sale a su encuentro, para evitar complicaciones internacionales; lo derrota en Tierra Blanca y lo persigue hacia Chihuahua, de donde el enemigo lleno de pánico corre para Ojinaga, camino de Coahuila, huyendo para siempre de Villa, que lo alcanza, detiene y derrota en Ojinaga, poniendo así término a la campaña de Chihuahua.

Por otra parte, es vanagloria del señor Carranza el creer que en Torreón las tropas que

coadyuvaron con Villa, acudieron por su orden y no por invitación de éste. Que los jefes de esas tropas fallen quién dice la verdad.

Al ver el general Villa que el señor Carranza añade a la intriga política el menosprecio a su labor militar, tiene una suprema decepción del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y se resuelve a dimitir un mando ante un jefe que no se lo ha dado, ni le ha prestado la menor ayuda. Sólo el que conozca las ligas de afecto que unen al general Villa con los jefes y soldados de su División, fortalecidas por una vida de privaciones y aureoleadas con cien victorias, podrá comprender el sacrificio que hacía con la renunciación del mando. }

En este momento crítico intervine por primera vez.

Era el día 13 en la mañana; estaba yo en la recámara del coronel Roque González Garza, cuando una persona me dijo: "le habla a usted el señor general Villa," y me condujo a la pieza que servía de oficina telegráfica.

La pieza estaba llena de empleados y oficiales, cuyas fisonomías alertas y serias revelaban la gravedad de una situación que para mí era desconocida. Todos se encontraban de pie, con excepción del telegrafista (cuya mesita de trabajo se hallaba en un rincón) que sentado volvía la espalda al recinto de la sala, y del general Villa, que también sentado junto

y al lado del telegrafista, daba la espalda a la mesita. En frente del general había una silla vacía que me invitó a ocupar.

"A ver qué hace usted con esos elementos, mi general, me dijo, yo ya me voy."

No entendiendo; no supe qué contestar; pero la atención del general estaba divagada y no parecía esperar respuesta alguna.

Las conversaciones un momento suspendidas a mi entrada, volvieron a empezar, llenas de expresiones de disgusto y de protestas.

"Pero a ver, de qué se trata; enteren al general—decía Roque González Garza, que me había seguido y estaba de pie junto al telegrafista—qué antecedentes hay, qué telegramas se han cruzado?"

Nadie hizo caso, y las frases de disgusto, salpicadas de algunas de esperanza, continuaban.

Poco a poco me enteré de lo que se trataba: de los refuerzos pedidos, de la resistencia del general a enviarlos, de los recientes telegramas cambiados en la conferencia, del juicio del señor Carranza respecto a los ataques de Chihuahua y de Torreón, y de que el general Villa había hecho dimisión del mando.

Esto último fijó toda mi atención y me hirió de golpe la contestación que en Saltillo elaboraba el señor Carranza.

—Va a aceptar al instante, afirmé.

—¡Imposible! dijeron algunos.

—Va a aceptar, repetí.

Segundos después aceptó, efectivamente.

Imposible me sería describir la escena que sucedió a esta aceptación, porque no pude observarla a causa de la gravedad de la crisis.

Yo permanecía sentado, inclinado hacia el general Villa, apoyando el codo izquierdo sobre el muslo del mismo lado, de espaldas a los que de pie hablaban y se agitaban en la pieza.

Trataba de inferir cuál sería la trascendencia del abandono del mando de la División en las circunstancias acaecidas, distraído a cada instante por las exclamaciones de mis compañeros.

Entre las frases que escuchaba, un "yo me voy a comer raíces a la sierra," de Trinidad Rodríguez, semejante a otras que no es conveniente repetir, cristalizó una idea: *la División del Norte va a disolverse*, y ante la injusticia hecha al jefe querido y glorioso, tal vez va a rebelarse.

Por telegrama, recibimos los generales de la División del Norte la orden del señor Carranza de designar un jefe de ella, provisional, mientras el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista nombraba al que definitivamente debería encargarse del mando de la División.

Había quienes profetizaran que ese cargo recaería en don Jesús Carranza; otros,

en el general Chao, y algunos guasones, en Jacinto Treviño.

No pudiendo congregarse prontamente los generales, se fijó la reunión para el siguiente día 14.

¿Cuál fué el proceso mental de cada quién?

Imposible fijarlo; pero debió ser semejante en casi todos, porque el acuerdo fué fácil.

La obediencia al señor Carranza traería seguramente la disolución de la División y, posiblemente, la rebelión.

La disolución restaría del lado constitucionalista la tropa más poderosa, levantaría la moral del enemigo, abatida en Torreón y San Pedro de las Colonias, como quedó probado en Paredón y Saltillo; daría lugar a una nueva organización del enemigo y, a estas fechas, lo tendríamos aun luchando con nuevos bríos y con recursos abundantes que habrían brotado de las arcas de los verdaderos enemigos de la Libertad y de la Democracia.

La disolución, acompañada de la rebelión, aplazaría por muchos años el triunfo de nuestras armas y la realización de nuestros *desiderata*.

La solución se imponía: era necesaria la desobediencia, encauzándola por decirlo así; una desobediencia insignificante, sin trascendencia para la causa constitucionalista, aunque hirie-

ra el orgullo de un hombre y contrariara el gigantesco capricho de un déspota.

Pero antes, era indispensable intentar la revocación de la resolución del señor Carranza, con objeto de que el general Villa conservara el mando y la crisis quedara conjurada.

Algunos creyeron que el señor Carranza revocaría su orden; otros estábamos seguros de que no haría tal cosa, y sólo pedimos atentamente la revocación como un acto indispensable para nuestra futura justificación.

Cuando el señor Carranza contestó negando la revocación y asegurando que había medido la trascendencia de su resolución, los que abrigaron la vana esperanza de la revocación se indignaron y propusieron una respuesta dura; los demás aconsejamos la moderación acompañada de la firmeza y propusimos un telegrama correcto en la forma, anunciando que nos veíamos en la necesidad de desobedecer: que suplicaríamos al señor general Villa reasumiera el mando y que continuaríamos la campaña, *como si ningún acontecimiento desagradable hubiera ocurrido en ese día*: es decir, como si el señor Carranza no se hubiera encaprichado en una disposición absurda.

Ese telegrama, al parecer, cerraba el incidente y no requería respuesta; pero ésta vino en una forma increíble, simulando no entender nuestra resolución, que habíamos cali-

ficado de irrevocable, y llamando a los que de nosotros juzgaba más peligrosos. Fué hasta entonces cuando el general Villa hizo saber a todos los generales, que el conflicto entre él y el señor Carranza no había nacido el día 13 de ese mes, sino que arrancaba de muy lejos y estaba lleno de incidentes y de intrigas que tendían a eliminarlo y a quitarle el prestigio que, aseguró modestamente, le habían dado su fortuna, la pericia de sus generales y el valor y patriotismo de sus soldados.

Esta angustiada situación, dijo dolorosamente emocionado, me hace sufrir mucho tiempo. He guardado silencio, porque con ustedes no quiero compartir más que los triunfos y las glorias; pero ahora tengo obligación de informarlos de todo lo que pasa. Y vació su corazón y, por último, nos hizo conocer los telegramas de ese día que mostraban la activísima campaña que se hacía en Washington, encabezada por el licenciado Rafael Zubaran, en contra de la División del Norte. Un telegrama, sobre todo, indignó a los oyentes: aquel en que se revelaban las intrigas para impedir el envío de municiones a la División.

Entonces nos resolvimos a decir al señor Carranza claramente todo nuestro pensamiento, que condensamos en el siguiente telegrama:

“De Torreón a Saltillo, Junio 15 de 1914.
—Señor don Venustiano Carranza.

Su último telegrama nos hace suponer que usted no ha entendido o no ha querido entender nuestros dos anteriores. Ellos dicen en su parte más importante, que nosotros no tomamos en cuenta la disposición de usted, que ordena deje el señor general Villa el mando de la División del Norte, y no podíamos tomar otra actitud en contra de disposición tan impolítica, anticonstitucionalista y antipatriótica.

Hemos convencido al señor general Villa de que los compromisos que tiene contraídos con la patria le obligan a continuar con el mando de la División del Norte, como si usted no hubiera tomado la malévola resolución de privar a nuestra causa democrática de su Jefe más prestigiado, en quien los liberales y demócratas mexicanos tienen cifradas sus más caras esperanzas.

Si él lo escuchara a usted, el pueblo mexicano, que ansía el triunfo de nuestra causa, no sólo anatematizaría a usted por resolución tan disparatada, sino que vituperaría también al hombre que, en camino de libertar a su país de la opresión brutal de nuestros enemigos, abandonaba las armas por sujetarse a un

principio de obediencia, a un Jefe que va defraudando las esperanzas del pueblo, por su actitud dictatorial, su labor de desunión en los Estados que recorre y su desacierto en la dirección de nuestras relaciones exteriores.

Sabemos bien que esperaba usted la ocasión de apagar un sol que opaca el brillo de usted y contraría su deseo de que no haya en la Revolución hombre de poder que no sea incondicional carrancista; pero sobre los intereses de usted están los del pueblo mexicano, a quien es indispensable la prestigiada y victoriosa espada del general Villa.

Por todo lo expuesto, participamos a usted que la resolución de marchar hacia el Sur es terminante y, por consiguiente, no pueden ir a esa los generales que usted indica. De usted atentamente.”

Firmada por todos los generales de la División del Norte.

Y para hacer comprender al señor Carranza y a todo el mundo que nuestra desobediencia no traería consecuencias nocivas a la lucha que teníamos empeñada contra el enemigo común, marchamos inmediatamente a Zacatecas (el día 16); las tropas estuvieron reunidas en los alrededores de esa ciudad, el 22, y el 23 dimos la batalla, de cuyo resultado

se rindió parte al Sr. Carranza para que se percatara de que nuestra desobediencia del día 14 no implicaba desconocimiento a la jefatura de que le invistió una mayoría de revolucionarios, con el único objeto de darle unidad visible a la Revolución.

Chihuahua, 12 de agosto de 1914.

Felipe Angeles.

*
* *
*

Por los últimos días del mes de julio de 1914 se notó cierta recrudencia en los ataques que los carrancistas venían dirigiendo contra la División del Norte, lo que dió lugar a que en una reunión verificada en la Ciudad de Chihuahua entre algunos Jefes Militares y varios elementos civiles, se acordara dar una explicación pública de la verdadera situación de la División del Norte, y al efecto fueron comisionados los Ingenieros Manuel Bonilla, Lic. Emiliano Sarabia, Lic. Francisco Lagos Cházaro y José Quevedo, para fijar los puntos que debería contener el manifiesto respectivo, y el Lic. Federico González Garza para redactarlo. Presentado el Proyecto y cuando ya había sido cuidadosamente discutido en varias sesiones, se anunció el próximo arribo del se-

ñor Gral. Alvaro Obregón y como esto significaba la posibilidad de solucionar decorosa y pacíficamente las diferencias que cada día se iban acentuando entre el Primer Jefe y el de la División del Norte, se juzgó prudente suspender por tiempo indefinido la discusión y publicación del manifiesto que hoy se inserta, obligados por la necesidad de ilustrar la opinión pública sobre un asunto de tanta importancia.